

La celebración y la liturgia: ¿somos carne de «canon»?

LAS diferentes

experiencias que acompañan nuestra liturgia son bastante variadas. Afortunadamente, encontramos muchos grupos, movimientos, comunidades y parroquias, que han sabido dar pasos para vivir más actualizada la liturgia. Sin embargo, en el conjunto de la vida cristiana, constatamos una reverencial distancia entre lo que se está celebrando en el altar con la actitud y visión del pueblo. Un funeral puede llegar a resultar un mero y rutinario acto de silencio, con poca relación vital y real de lo que se pretende en el sacramento eucarístico y en la oración por los difuntos.

Los católicos suelen acudir a la misa dominical con la intención de no sufrir durante la homilía del sacerdote. Pero a veces las palabras del sacerdote, en vez de comunicar el misterio, llegan a desesperar. Se pronuncian en un lenguaje poco transparente y muchas veces alejado de nuestro mundo. La predicación se encierra en un sin fin de consideraciones, generalmente doctrinales, exentas de concreciones sobre nuestra vida cotidiana, lugar donde Dios viene a manifestarse y que pueden ayudar a revivir la densidad de las celebraciones litúrgicas.

Si ésta resulta ser, en general, la dinámica de los presbíteros, la asamblea de fieles muestra signos de una pasividad increíble. No hay participación, no sólo porque no se anime a ello, sino porque también las actitudes de los feligreses suelen ser contrarias a fomentarla. Las ceremonias, en esta perspectiva pueden convertirse en reuniones rutinarias y exentas de vida.

La vida litúrgica sufre actualmente en su dimensión horizontal. No conecta con los jóvenes, con el lenguaje de nuestra sociedad, con los modos de participación más activos y dinámicos de cualquier otra reunión social. También la dimensión vertical se halla profundamente dañada. La liturgia se ha verbalizado y racionalizado en exceso, reduciendo la capacidad comunicativa del símbolo. Se tiende a recitar más que a celebrar.

Además la relación con Dios no se encauza desde la liturgia sino que se inscribe únicamente en la relación personal e íntima del cristiano con Dios. Es decir, que la oración mental ha tomado un papel central frente a expresiones más comunitarias, activas, vivas y tradicionales de la fe.

El símbolo

SIN duda alguna es el aspecto más difícil de proponer hoy. El símbolo pretende decir algo distinto de lo que dice (P. Ricoeur), partiendo de la representación del mundo, los recuerdos personales y sociales y el lenguaje poético. Se trata de un compuesto racional e irracional a la vez, que sirve de puente, de medio y de comunicación entre nuestra realidad humana-mundana y la realidad de Dios.

Nuestra sociedad se halla en un camino distinto. En general, se ha vuelto pragmática y racional, incapaz de reconocer símbolos cósmicos como el agua, la luz, el pan, el vino, el aceite, el fuego, el incienso o la sal. En otros momentos de nuestra cultura, se ha constatado una mayor integración entre el cosmos, la sociedad y la liturgia. Actualmente, los símbolos han perdido su sentido insinuador, para convertirse en signos que sólo son accesibles desde un intelectualismo un poco aristocrático.

Por eso, no se puede seguir tratando los símbolos de la liturgia como si no les hubiera pasado nada en su sentido profundo. La cultura urbana y secularizada no comprende su significado, aunque puede llegar a acercarse a ellos si se aproximan a la realidad anónima y fragmentada de hoy, a los significados humanos que existen y se viven en todas las culturas. Se trata de hacer un esfuerzo por comunicar, por «reunir» («symballein») significados en torno a los cuales podamos articular nuestra dimensión religiosa. Una vez que comencemos esa reconstrucción, la dimensión vertical de la liturgia en torno al símbolo activará no sólo nuestra intimidad sino que se convertirá en vivencia comunitaria.

Dentro de esta dimensión litúrgica, conviene tomar precauciones sobre determinadas exageraciones teológicas del símbolo. Por un lado, se puede hacer hincapié en su sentido objetivo, como si el símbolo litúrgico fuera exclusivamente de Dios. La otra exageración consiste en insistir en los contenidos subjetivos de la liturgia y sus expresiones simbólicas. Esta última lleva a reducir la celebración a la fe y a la historia, sin relación al Misterio de Dios.

Por ello, partiendo de la llamada del Sínodo extraordinario de 1985 a cuidar nuestras celebraciones litúrgicas, nos queda mucho por hacer para que nuestra sociedad recupere la realidad simbólica de la liturgia. Se trata de unir lo nuestro, humano y mundano, con la acción de Cristo y del Espíritu dentro de la realidad sacramental que se celebra. Así, aspectos tan antropológicos como la comensalidad y los deseos de renovación personal y social, sirven de puente para una realidad trascendente que supera lo que nosotros somos y vivimos. Es volver al significado último del símbolo, cambiar nuestro sentido de las cosas para recibir el sentido y la presencia de Dios.

Pistas para hoy

LA liturgia no es inmutable. Al contrario, se halla en la dialéctica culto-cultura. Podemos encontrar expresiones ceremoniales de otras épocas que todavía hoy se adoptan en nuestras celebraciones: procesiones,

gestos, decoraciones y vestimentas, etc. Si la liturgia pretende ser expresión del ser humano total, no puede menos que tantear nuevas posibilidades expresivas, sin olvidar el mismo lenguaje, que ha de ser comprensible y auténticamente poético.

Si volvemos a los orígenes del cristianismo, encontramos la aparición de unos ritos alejados de las estrecheces ritualísticas del templo. Es verdad que, como católicos, tenemos que valorar el camino recorrido por la tradición, sin embargo, no podemos menos que mantener una distancia crítica ante lo que puede significar atenerse excesivamente a las normas litúrgicas. Por ello, convendría ir creciendo en una conciencia de mayor tolerancia con los innovadores en este aspecto tan importante de nuestra fe.

La catequesis cristiana ha olvidado esta dimensión, con la consiguiente falta de cultura litúrgica. Se priman los aspectos más doctrinales, sin iniciar realmente hacia una integración de la experiencia religiosa alrededor de los símbolos cristianos. En la Iglesia antigua la «mistagogía» pretendía unir la vida cotidiana con el Misterio Pascual. Hoy día una «mistagogía» así está por hacer. Se trataría de ayudar a percibir los símbolos ligados al cosmos y a la vida, como lugares donde se hace presente la acción de Cristo y su Espíritu.

PARA ello, el esfuerzo se centraría en la necesidad de adaptaciones en el sentido del Misterio, en la participación y en la manifestación alegre de la fe. En este sentido, no sería malo adecuarse a diferentes sensibilidades y ambientes culturales, tratando de diversificar la liturgia en la medida en que ayude a nuestra fe.

La participación en la liturgia ha sido una preocupación constante desde Pío X. Los movimientos de renovación litúrgica del siglo XX divulgaron la famosa frase de Dom Lambert Beauduin (Lovaina): «Es preciso democratizar la liturgia». Todas estas aportaciones las recogió la constitución litúrgica «Sacrosanctum Concilium» (1963) con la intención de ahondar en la participación en los misterios litúrgicos de forma plena, consciente y activa.

Todavía hoy en nuestras parroquias queda mucho por hacer. No basta con que el presidente prepare bien las celebraciones, también la asamblea puede y debe acercarse al Misterio que se nos da a todos: moniciones explicativas, acto penitencial adecuado al momento, preces unidas a la vida de comunidad, cantos apropiados y variados, así como una homilía que hermane el día a día y el evangelio. El mejor medio para conseguirlo, todavía no implantado en todas las iglesias, ha sido la creación de comisiones de liturgia que ayuden a los presbíteros a una adecuada y adaptada celebración.

LA liturgia, enormemente renovada por el Concilio Vaticano II, sigue siendo el medio por el que actualizamos y vivimos el Misterio de nuestra salvación en Jesucristo (cfr. «Sacrosanctum Concilium» 2). Gracias a ella nos robustecemos para dialogar y trabajar por el Reino de Dios, por eso, no podemos dejar de acoger este medio de la acción de Dios en nosotros, y, a la vez, acercar nuestro lenguaje, en la medida de lo posible, a la realidad de Dios que nos supera.